

BREVE REFLEXIÓN SOBRE UNO DE LOS PROBLEMAS ÉTICOS EN EL FINAL DE LA VIDA: EL RESPETO A LA AUTONOMÍA DEL PACIENTE.

UN DESTELLO PARA ILUMINAR TU VIAJE

Janer Maeso, MT.
Estudiante de Medicina
Universitat de València

Correspondencia: majama@alumni.uv.es

Puede ser que una despedida, la que no nos pudiste dar, sea la mejor forma de empezar esta carta. Por si aún te quedan dudas, voy a contarte lo que ocurrió.

La alegría de tus 37 años, compartida con tus hijos pequeños, tu marido, tu madre y el resto de tu familia y amigos, apenas ensombreció cuando te diagnosticaron cáncer de mama en estadio avanzado, con metástasis que apolillaban la mayor parte de tus huesos.

Poco a poco la enfermedad fue ganando terreno, perdiste movilidad en la pierna izquierda y aumentó el dolor. Lo último lo sé por la analgesia que tomabas y no por tus quejas, ya que nunca dejaste de creer que saldrías adelante.

Nos diste una lección de optimismo, fuerza y vida. Sobre todo cuando los efectos de la quimioterapia desmejoraron tu aspecto físico y calidad de vida.

Tu sistema inmune no aguantó y se desarrolló una infección de vía respiratoria que obligó a ingresarte en la Unidad de Cuidados Intensivos de un Hospital.

Hasta entonces, habías formado parte de todas y cada una de las decisiones sobre las pruebas diagnósticas y el tratamiento que recibías. No se daba ningún paso sin tu conocimiento y consentimiento.

Pero llegó un día, en que se decidió que era mejor no contarte la realidad: te estabas muriendo y para evitarte el dolor iban a practicarle Sedación Terminal. Puedes imaginar cuál fue mi sorpresa e impotencia al saber que no te habían hecho partícipe de, posiblemente, la decisión más importante de tu vida.

Pasaste tu última semana en una habitación de la UCI con horario restringido de visitas. Nadie te preguntó si preferías estar en casa, si querías ver a tus hijos, despedirte de la gente que te importaba, hacer testamento o cumplir un deseo. Cosas fundamentales para poderte ir tranquila y que también nosotros pudiéramos dejarte ir. Inexplicablemente, sólo cuando ya estabas inconsciente, 36 horas antes de morir, permitieron que te pudieran visitar a cualquier hora.

Los que te rodearon en ese momento tomaron la decisión más fácil. Nadie tuvo valor para sentarse a tu lado, cogerte la mano y explicarte la situación. Te fuiste con la idea de que estabas mejorando y que al día siguiente te subirían a la planta de oncología. Sinceramente espero que no sufrieras ni sospecharas que te habían mentado, si no, la frustración y la impotencia de no poderte comunicar debieron ser tremendamente dolorosas.

Esos días, aunque nos separaban muchos kilómetros, te prometo que intenté hablar con tu familia para que recapacitasen, sabía que no se estaba haciendo lo correcto. Pero fue imposible ya que tus más allegados y el equipo médico coincidieron en ocultarte la información. Estoy segura que creyeron protegerte, pero erraron rotundamente.

Estas palabras van cargadas de arrepentimiento, porque seguro que habría podido ayudarte de otra manera. Por eso permíteme que cuente tu historia y juntas evitemos que otras personas, como tú, no puedan hacer la maleta para tan largo viaje. Y, por qué no, aliviar la conciencia de quienes nos quedamos en la estación, sabiendo que hacemos las cosas bien.